

"TROYA Y NAPOLEON NO SON MAS
QUE POEMAS".—Honorato DE BALZAC.

HISTORIA DE LA PRESENTE HISTORIA

"El derecho de libre examen subsistirá en pleno vigor, mientras subsistan en el mundo hombres verdaderos".

CARLYLE

NO una montaña, una cordillera de montañas fuere posible levantar con las obras que sobre la intervención, francesa, el segundo imperio y la segunda guerra de independencia nacional han sido escritas por historiadores y por aficionados, así mexicanos como extranjeros.

Y, sin embargo, es estéril afán buscarlas hasta en las librerías de lance: todas, o casi todas, están agotadas y continúan agotándose a medida que son reimpresas o, las de nuevos autores, dadas a la estampa por primera vez.

No cabe duda que ese afán del público, de conocer hasta en sus detalles más insignificantes, hombres y sucesos pertenecientes a una de las épocas más dramáticamente interesantes, más fecundamente trascendentales en enseñanzas, de toda nuestra historia, en lugar de templarse, excítase conforme los años transcurren.

Estas consideraciones han influido poderosamente en nosotros para impulsarnos a poner manos a esta empresa que acometemos; pero que, apresurémonos a declararlo, no dará por fruto una obra para eruditos ni para especialistas, ni que

rinda una sensacional cosecha de afortunadas y novedosas investigaciones.

Y, pues si toda historia no es más que recopilación, aún la escrita sobre material de primera mano y, en consecuencia, no crea, sino refleja; ésta que ahora presentamos, merece como ninguna otra llamarse recopilación de recopilaciones, y nada más. Huelga recalcar que desde ningún punto de vista deberá confundirse la historia a secas con la crítica histórica, ni con la filosofía de la historia, que son haces de otras eras.

Si alguna novedad ofreciere la presente, sería, si acaso, la de agrupar en sus páginas conjuntos o de antecedentes o de personajes, que rara vez o nunca se vieron antes de ahora agrupados, por lo menos con tanta latitud, en una sola producción.

Pues si bien es cierto que primeramente imaginamos facilitar a los curiosos tan sólo algo así como un epitome de la Intervención y del Imperio, conforme leíamos o releíamos el material que nos fué posible allegar, nuestro primitivo plan fué ensanchándose, dilatándose y asumiendo más ambiciosas proporciones. . . Hasta volverse tan vasto que, dada la claudicante salud y los años nada escasos, mucho dudamos que la vida nos alcance para conducirlo a cabal ejecución.

Del prontuario que inicialmente nos proponíamos escribir, limitado a casi registrar nombres y fechas, nuestra imaginación, espoleada por el torbellinesco mundo en que se mueve uno de los dramas más apasionantes y perfectos de la historia, acabó ideando una producción dilatadísima y, apoyada en autores consagrados como respetables, propendió a exponer el proceso de causa a efecto. Y, puesta ya a penetrar en la revesada psicología de los personajes más resaltantes, que condujeron a México al más doloroso de sus calvarios, esmeróse en examinar también con detenimiento algunos de los sucesos que, con elocuencia contundente, nos revelan el estado de la sociedad de aquellos tiempos, y acabó con el firme convencimiento de que presentar, por otra parte, a los inmaculados y abnegados varones republicanos, con sus austeros ejemplos; era tanto como refrescar a los hombres de buena voluntad, recuerdos que siempre debieran tener presentes cuando toman en sus manos los destinos de la

Patria. Semejantes escarmientos del pasado jamás debieran hundirse en el olvido, para así evitar que vuelva a correr el riesgo de despeñarse por el abismo en que estuvo a punto de perecer definitivamente y dolorosamente.

Apresurémonos a declarar que habrá ocasiones en que no acertaremos a prescindir de un comentario o de una observación personal. Cuando esto sucediere, justifiquenos o disculpenos las siguientes atinadas reflexiones de Baltasar Gracián, aquel ingenio alquitarado y sutil, del Siglo de Oro:

"Los historiadores se vandeán lisonjeando el gusto con su agradable variedad. Más que vulgar ignorancia, es querer ajustar un historiador a la seca narración de los sucesos, sin que comente, pondere ni censure; ¿quién presumirá condenar a Valerio Máximo, que pondera, y a Tácito, que censura, y a Floro, que aprecia, y a Patérculo, que comenta? Y si esta paradoja fuera verosímil, no había de haber más que un historiador de cada materia; porque en refiriendo uno los sucesos, no les quedaría quehacer a los demás, sino cansar con repetir. La desnuda narración es como el canto llano; sobre él se echa después el agradable artificioso contrapunto. Es amóvalo el humano gusto, que apetece un mismo manjar mil diferencias de sainetes de los Poetas, los Epicos se explayan, los Epigramatarios se ciñen".

Ni tampoco desdeñosos hemos de apartarnos por completo de la anécdota; repetidas ocasiones, más que un hecho solemne y públicamente ostensible, denunciadora de la índole de un hombre, o de la tendencia de un carácter o del matiz de un temperamento. Sávida especia también, que si a ella con tiento se recurre, el sustancioso manjar de la historia gustosamente sazona y condimenta.

La nuestra, como se verá por las fuentes de información de que dispusimos, y cuya lista insertamos en el lugar que es costumbre, —para así evitar al lector las fatigosas y frecuentes interrupciones que las notas al pie de cada página impondríanle— se alimenta con obras cuyo número no puede ser más reducido; pero que al mismo tiempo no pecan ni de poco autorizadas ni de poco escogidas.

El apremio de nuestras labores periodísticas nos vedaba frecuentar bibliotecas y archivos públicos; por lo que aquí, no cesaremos de repetirlo, será inútil buscar material de pri-

mera mano: recopilación de recopilaciones, ya va el lector advertido.

Otra razón de no menor peso, contribuyó a acotar el campo de nuestra cosecha. Y fué la de que, si hubiéramos quitado frenos a nuestra curiosidad, toda nuestra vida, a contar desde que tuvimos uso de razón, fuera incapaz, no digamos ya para resumir, ni siquiera para leer las obras que sobre la intervención francesa, el imperio de Maximiliano y el triunfo de la República, han sido escritas. Viene aquí a pelo, la exacta y bella apreciación del poeta amigo y abogado Joaquín Méndez Rivas, cuando sentencia: "Para cada pupila hay un lindero".

Confesemos sin ambages que muy difícil nos fuera representar nuestra admiración por aquellos immaculados adalides de la Segunda Independencia, que, invulnerables a todas las penalidades, a todas las privaciones y a todos los sacrificios, despojados de todo egoísmo y sin tener otra mira que la necesidad de que la Patria tuviera existencia digna, noble y honrosa; pudiera decirse que con los puños desnudos, enfrenáronse, y acabaron superándolas, con fuerzas que parecían incontrastables. Como eran: el avasallamiento de los espíritus, ejercido por un clero corrompido hasta los tuétanos, y más interesado en conservar, aún a costa de las más infandas desventuras populares, el disfrute de sus cuantiosos bienes temporales, que conducir a la sumisa grey a la conquista de una gloria eterna expendida al menudeo y a costo subidísimo; el poderío, basado si no en el valor de sus hombres, sí en los elementos materiales de que disponían, de un partido retrógrado, pronto a la infamia, a la traición y al crimen, con tal de mantener incólumes sus privilegios y su maquinaria de opresión; de un ejército en que abundaban los jefezuelos concupiscentes, venales, truculentos y bárbaros... Fuerzas a las que a la postre vino a sumarse la más temible: un elemento militar que por aquel entonces estaba justamente ungido por la fama de ser invencible.

Pero la indómita resistencia de los liberales no llegó a flaquear ni durante los más afflictivos infortunios ni cuando sobre ellos se abatían las más desesperadas adversidades, y por final de cuentas alcanzó una victoria que todo hacía presumir imposible; "porque un pueblo que marcha al combate con la firme certidumbre de que puede perecer, pero no dejar de ser libre, rara vez es vencido. ¡Dios lo guía!".

Y sin embargo, indigna y desconcierta ver que todavía en nuestros tiempos, ya no los que Maximiliano llamaba respectivamente "mandarines, pelucas viejas y cangrejos" —esos galeotes del oprobio de los que ya difícilmente quedará vestigio sobre la haz de la tierra—, sino algunos de sus dignos sucesores, continúan abominando de quienes hicieron posible la existencia de una Patria libre, y maldicen y escarnecen su memoria de la manera más tontamente inofensiva; mas no por eso menos detestable.

No sin lástima supimos hace poco que un joven periodista, a cuyas manos ha sido confiado un órgano de prensa capaz de pesar más o menos poderosamente en la opinión pública; jamás pasa por frente al Hemiciclo de Juárez, sin escupir y lanzar, "sotto voce", una maldición procaz al libertador y a sus antepasados.

Digno émulo aquel mozo, de cierto afónico sochantre de una catedral provinciana, que se imponía el sacrificio de fumar cigarrillos de hoja, pese a su repugnancia por el tabaco; tan sólo porque la envoltura llevaba impreso un retrato del Padre Hidalgo, efigie que se daba el placer de pisotear en cuanto agotaba el contenido de la cajetilla.

Estúpidamente ridículos, pensará el lector; pero más ridículamente estúpidos le aparecerán, cuando se entere de que muchos de estos sujetos, más que movidos por la pasión, obran así porque la ignorancia les ofusca.

Preguntando al antijuarista hasta dónde alcanzaban sus conocimientos relativos a la vida del patricio, resultó que no había leído la más insignificante obra histórica o biográfica a él relativa, y que su proceder no era sino la reacción que en él producía un fanatismo clerical, trasnochado y reflejo.

Con razón Urueta, al hacer el panegírico de Juárez en un discurso memorable, exclamaba: "... los que te atacan es porque no te conocen".

Precisamente a divulgar ese conocimiento quiere contribuir el presente libro. Y si lograre aliviar los escozores que a esos entes lastimosos les suscita en los ojos todavía la cal de la pasión sectaria, daríamosos, por ese solo hecho, la enhorabuena. Desentiéndanse de nuestros juicios y de nuestras simpatías y de nuestros comentarios; aténganse a los hechos com-

probados y a los documentos palpitantes y fehacientes... y fallen. Si su cerebro es todavía capaz de discernir, el resultado no es dudoso: la rectificación no tardará en producirse.

Su sola disculpa es ésa: que el hombre no existe para quien no le conoce. Y quien tan sólo imperfecta o equivocadamente le ha columbrado, no puede preciarse de conocerlo.

Pero cuando tropecemos con un obcecado impenitente, recordemos las sabias palabras de un conspicuo pensador: "Hay dos clases de hombres, los libres y los otros. Dejemos a los otros".

El autor debe explicar también cómo le atrajo —aparte el deseo ya expuesto de resucitar realidades para desvanecer calumnias, las arteras y enherboladas armas predilectas del partido del entreguismo y de la discordia—; la grandiosidad subyugadora de una de las tragedias, decíamos, más perfectas de toda la historia. Tragedia en que se trenzan, se entrechocan y se estremecen, las más urentes pasiones humanas, y de una riqueza inagotable y varia en escenarios y en personajes:

Napoleón el Pequeño, crápula, falacia, tartufismo.

Eugenia, su mujer, fanatismo delirante, febril anhelo de desempeñar el papel de heroína de la fe católica, de reivindicadora de la grandeza hispana.

Maximiliano, intemperancia, abulia, veleidad, glotonería, erotomanía, hipocresía. Lamentable pelele cuyos hilos mueven ora las maquinaciones de Napoleón y de su mujer, ora el obsesor antojo de Carlota, de ceñir una corona.

Carlota, ambición frenética de poder, ansia de brillar, rayana en la demencia.

Bazaine, codicia, trapacería, perfidia.

Juárez, excelsas virtudes ciudadanas, férrea voluntad, austera vida pública y privada.

Pero detengámonos; porque de continuar enumerando los personajes del drama, no acabaríamos en mucho tiempo.

Luego viene el coro, formado por los monarquistas que acicateados por el sueño de adueñarse del poder, no se detienen ante la traición ni ante la infamia. La cauda imperial

y farandulesca, de clérigos simoníacos, de milites rapaces e infidentes, de pintorescos aventureros, de viles cortesanos que intrigan y se muerden a hurtadillas; de dignatarios eclesiásticos que, al igual de una nobleza de trastienda, lamen las plantas de "su emperador" improvisado y advenedizo. Dóciles bestias que halagan al amo que los maneja a su capricho, y que si hoy los acaricia, mañana los apalea... pero a quien ellos podrán también, a hocico salvo, cuando la oportunidad se brinde, asestar triturantes tarascadas.

¡Qué contraste con los republicanos que, aunque famélicos, se lanzan impertérritos a la conquista de la libertad!

Mas para estar en guardia contra el peligro de que nuestra devoción por los defensores de la Patria nos ciegue; en las cuestiones más peliagudas, como el lector menos avisado advertirá, procuramos acudir a testigos que pudiéramos calificar de "mayores de toda excepción".

Por ejemplo, para exponer el estado de cosas en la corrupta Francia bajo el régimen séptico de Napoleón III, nos atenemos exclusivamente a la autoridad de escritores franceses; entre los que no falta algún fervoroso admirador del sobriño del Gran Corso.

Para el perfil de Juárez, nos conformamos con el trazado por un ex ministro del segundo imperio francés. Y así por ese orden.

Pléganos tomarnos la libertad de adoptar una nueva denominación para trabajos de tan multiplicados aspectos como el que presentamos al lector. Y es esta: ataujía o taracea de la historia.

¡Ojalá no nos atraiga la ira fulminante de los celosos defensores de las nomenclaturas rutinarias!

... Pero es tiempo ya de que la cortina empiece a levantarse sobre el escenario en que transcurre el estupendo drama que, con la vida del Habsburgo, concluye en el árido altozano a cuya falda se tiende la luminosa y colonial Querétaro...